

Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir

Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir

Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir

Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir

Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir

Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir





BATALLA



Alberto Martín-Aragón

# BATALLA



Primera edición: mayo de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alberto Martín-Aragón

ISBN: 978-84-127000-2-2

ISBN digital: 978-84-127000-3-9

Depósito legal: M-16782-2023

Real Noir Ediciones

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

[info@realnoirediciones.com](mailto:info@realnoirediciones.com)

[www.realnoirediciones.com](http://www.realnoirediciones.com)

Impreso en España

*A Julia*

Real Noir es una colección dedicada *in memoriam*  
a Paco Camarasa y Claude Mesplède,  
amantes incondicionales de la novela negra



*¿Qué puede ser más inverosímil que la realidad?*

FIÓDOR DOSTOYEVSKI

*Soy los que ya no son. Inútilmente  
soy en la tarde esa perdida gente.*

JORGE LUIS BORGES



# 1

DESPUÉS de meter dos balazos en la frente al tipo que había violado y asesinado a Carlota, me serví un whisky y me puse a pensar en el mal y en todo ese embrollo. Llegué a la conclusión de que me había pasado de la raya, pero también llegué a la conclusión de que había hecho limpieza. No pude acabarme el whisky. Un hombre de unos cincuenta años apareció ante mí gritando insultos y blasfemias. Estaba desnudo de cintura para arriba y tenía el rostro desencajado y apocalíptico. Era de piel cetrina, de caderas anchas y tripón. Una melena alborotada color ceniza le confería aspecto de motero contestatario. Llevaba tatuado en su esponjoso pecho un halcón de mirada belicista. No estaba nada mal ese halcón. Y no me habría importado que me hubiesen tatuado uno parecido en el culo. Pero yo tenía en ese momento asuntos más importantes que atender. Aquel sujeto enarbolaba un martillo en la mano derecha y me anunció que pensaba abrirme la cabeza con él. Me pareció que hablaba en serio. Además se me antojó que era diestro en el manejo de los martillos a juzgar por la seguridad y el aplomo con que blandía aquella herramienta. Quizá yo estaba sobreestimando sus habilidades manuales. Quién sabe. En cualquier caso, decidí ser precavido. Dejé el vaso de whisky sobre una mesa próxima, le apunté con el revólver y le rogué que tirara aquel bonito instrumento.

—¡Vas a lamentar haber nacido, cabrón! —vociferó.

—¿Quién eres tú, artista? —le pregunté con moderada gentileza.

—¡El hermano de ese cadáver, hijo de la gran puta!

—Tu hermano hacía cosas muy feas. ¿No lo sabías?

—Sólo sé que voy a sacarte el cerebro y que voy a tirarlo por el retrete.

—Tienes aficiones muy extravagantes.

—Sobre todo soy aficionado a abrir la cabeza a los puercos como tú.

—Eres muy reiterativo.

—Sí, y voy a hacerte sufrir con reiteración. Eres un cobarde. Suelta esa pipa y pelea como un hombre.

—No tengo tiempo para jugar limpio, amigo.

—¡Pues yo tengo todo el tiempo del mundo!

—¿Dónde estabas metido?

—¡Estaba echándome una siesta, cabrón!

—Te pido disculpas por haberte despertado. Olvidé el silenciador.

—Vas de gracioso por la vida, pero vas a dejar este mundo sin ganas de hacer chistes. Te lo juro.

—Vamos, tira el martillo y tómate un whisky conmigo. Te explicaré el tipo de señor que era tu hermanito.

—Sé el tipo de señor que era Baltasar. Sé que no era un santo y que tenía sus problemas, pero no merecía acabar así.

—Eso es discutible —afirmé con severidad.

—¡Vivimos en un Estado de derecho! ¡Si pensabas que Baltasar había hecho algo ilegal, haberlo denunciado a la policía!

—Entiendo tu punto de vista, pero resulta que no me entusiasman algunas leyes vigentes.

—¿Quién te has creído que eres: el superhombre?

—No. Y te diré que Nietzsche nunca me la puso dura.

—¿De qué coño hablas?

—De un alemán con sífilis cuya mente colapsó tras abrazar a un caballo en Turín.

—¿Qué cojones me estás contando? Eres un chalado de mierda. ¿De dónde te has escapado?

—Responderé a todas tus preguntas si tratas de calmarte.

—¡Que te follen! —rugió, y se abalanzó sobre mí.

Le deseé buen viaje y le pegué un tiro entre las tetillas. Su cuerpo voluminoso, del que empezó a manar y chorrear sangre, se desplomó pesadamente sobre el cadáver de su hermano. Poco antes el martillo se le había escurrido de la mano y había caído cerca de mi pie derecho. Me quedé meditando algunos instantes sobre la muerte y me pregunté si podría escribir algo inteligente sobre esa cuestión. Sonreí con sarcástica melancolía y me dije que jamás podría escribir nada inteligente sobre esa ni otras cuestiones.

Un aroma a queso curado de oveja mezclado con el olor a pólvora pellizó mi olfato. Y no me sorprendió, pues me hallaba en una cocina. Miré a mi alrededor y encontré precisamente un trozo de queso curado de oveja sobre la encimera. Me lo comí tranquilamente mientras me preguntaba por qué algunos caballeros no obedecen cuando les encañonas con un arma. También me pregunté cómo era posible que hubiera paisanos tan idiotas como el que acababa de cargarme. Quizá yo era más idiota que él y necesitaba una temporada en el desierto para asumirlo definitivamente.

Oí el canto de un pájaro, pero no vi ningún pájaro. Es algo que pasa con frecuencia. Una cucaracha emergió de debajo del lavaplatos y pareció observarme. Debía sentirse desconcertada a causa de tanto jaleo. Le dije que se tranquilizara y

ella volvió a su escondite. Desconozco si mis palabras pudieron influir en su decisión, pero sentí una extraña simpatía hacia aquella repelente criatura. Solté una risotada y un trueno estremeció el cielo. Me pregunté si el cielo trataba de darme algún mensaje. Inmediatamente pensé que me estaba haciendo una pregunta ridícula y solté otra risotada. Pensé que esa risotada me ayudaría a calmarme, pero creo que no me calmé demasiado.

Guardé mi revólver *Smith Wesson 686* en el bolsillo derecho de mi abrigo y decidí que ya era hora de largarme de aquel piso de aspecto destartado y lóbrego. Me enfundé la cabeza en un pasamontañas de color chocolate y bajé por las escaleras del edificio a paso ligero mientras oía alboroto y voces de alarma. En la portería sólo había un gato adormilado que me miró con abstracta indiferencia desde el reposabrazos de un sillón astroso de color azul de Prusia. Vi una cámara de vigilancia colgada en un extremo del techo y estuve tentado de dirigirle al objetivo un cómico saludo, pero me contuve en el último momento. Pensé que una impertinencia de ese jaez podría soliviantar a los policías que se ocuparan de la investigación del caso.

Salí a la calle, me despojé del pasamontañas y lo guardé en el bolsillo izquierdo del abrigo. Eran las cinco de la tarde de un viernes de finales de enero. Lloviznaba con un patetismo eslavo. Un aire helador susurraba por la ciudad y propagaba los ladridos de un perro remoto. Descendí por varias calles solitarias y empinadas donde resonaban los aullidos de un mendigo lunático que parecía encarnar la historia universal de la mendicidad y del desamparo. Si no pisé el cadáver de una paloma destripada fue porque antes tropecé con los fragmentos de un camión de juguete. Aceleré el paso y desemboqué

en un ancho paseo bordeado de coquetos pinos. Nubarrones de aspecto victoriano se adensaban ante un sol cansado y unos pájaros lentos parecían estar soñando sobre los árboles. Me habría gustado hacer algunas fotos de aquellas aves con la cámara del móvil, pero no me hallaba lo suficientemente relajado.

Me subí a un taxi y vi a una mujer joven sentada al volante. Le di la dirección de mi domicilio y el coche salió disparado impetuosamente antes de que pudiera acomodarme en el asiento trasero. La conductora, cara pecosa, un pelo corto teñido de azul y un pin en la nariz, llevaba un elefante indio tatuado en el dorso de la mano derecha.

—Conduces de puta madre —dictaminé.

—¿Tú crees?

—No te miento.

—Pues eres el primer menda que elogia mi conducción.

—Y creo que disfrutas mucho.

—No me queda más remedio. Tengo que conducir este putito trasto contaminante porque cometí la imprudencia de estudiar una carrera que sólo me ha servido para convertirme en una experta en cuento español de posguerra. Y eso no da para vivir —explicó con una voz ronca que rezumaba escepticismo.

—Mi mujer también era una experta en cuento español de posguerra y pudo vivir más o menos de ello. Era profesora de instituto.

—¿Y ya no lo es?

—Se mató en coche hace más de veinte años.

—¿Conducía ella?

—No está muy claro. Viajaba con su amante, que también palmó. Es muy difícil sobrevivir cuando te empotras de frente contra un camión a más de 130 kilómetros por hora.

—Desde luego —ratificó la joven con viril indiferencia mientras pisaba el acelerador a fondo y adelantaba por la derecha a un coche de la policía.

—No tenemos ninguna prisa —indicó.

—Tú quizá no tengas prisa, pero yo no tengo toda la tarde.

Observé el rostro que se reflejaba en el retrovisor. No era hermoso ni amable, pero irradiaba vigor y personalidad. Tenía unos pómulos pronunciados y unos ojos saltones que destacaban sobre un cutis muy claro que a veces daba la ilusión de ser translúcido.

—Yo tenía una hija de más o menos tu edad —le comenté movido por un tenue resentimiento hacia la vida.

—¿Y ya no la tienes?

—Pues no.

—¿También se mató en la carretera?

Sonreí como sonríen los políticos abucheados y respondí:

—Hace cinco meses apareció muerta junto al fresno podrido de un parque. Presentaba señales de haber sido violada antes de morir por estrangulamiento.

—¡Hijos de la gran puta! Habría que cortar el rabo a casi todos los tíos de este puto país —rugió con airada convicción.

—Eso no es viable ni práctico. Además, acabo de ajustar cuentas.

La mujer me miró a través del retrovisor. Tenía una ceja levantada y el labio se le había torcido en una mueca de recelo.

—Prefiero no saber nada más —añadió reduciendo a cuarta.

—Perdona. Hablo demasiado.

—Casi todos los tíos habláis demasiado. Y los tíos que no hablan demasiado son todavía más repulsivos y más peligrosos que los tíos que habláis demasiado.

—¿Cómo te llamas?



—Inés.

—Yo soy Miguel. Miguel Batalla.

Inés se encogió de hombros. Me pareció evidente que mi nombre y mi primer apellido le importaban lo mismo que los pedos del Papa.

—¿Qué coño significa exactamente que acabas de ajustar cuentas? —me preguntó a bocajarro.

—Me has dicho que preferías no saber nada más.

—He cambiado de opinión. ¿No puedo?

—Claro que puedes. Si cenas conmigo esta noche, responderé a tus perspicaces preguntas.

—Esta noche no puedo cenar ni con mi clítoris. Es viernes y tengo mucho curro. Si quieres, nos vemos mañana.

—De acuerdo, pero es posible que antes del lunes esté en el talego. La policía no es tan imbécil.

Inés hizo un mohín de desdén con sus labios finos y comentó:

—Parece que estás metido en un lío del copón.

—Así es. Pero estoy tranquilo, muy tranquilo. Pase lo que pase, Baltasar Zapatero no volverá a las andadas.

—¿Quién huevos es ese tío?

—El hombre que estranguló a Carlota.

—¿Y quién coño es Carlota?

—Era mi hija.

—Creo que me estás tomando el pelo.

Una escoba cayó del cielo y estuvo a punto de impactar en el parabrisas del taxi, pero una ráfaga de aire la desvió de nuestro camino y, tras flotar de aquí para allá durante un rato, golpeó finalmente la espalda de un motorista, que perdió el control de su moto y que fue a estrellarse contra la fachada de una sucursal bancaria.

—¡Hostias! —exclamó Inés.

—Somos frágiles y efímeros. Pero no queremos asumirlo.

—¿De dónde coño ha caído esa escoba?

—Supongo que de alguna terraza.

—¿Quién puede ser tan cabrón para haberla tirado?

—Puede tratarse de un accidente.

—No lo creo. Conozco a gentuza que tiraría objetos a la vía pública con el único fin de promover el caos. Es la puta decadencia de Occidente.

—¿Occidente? ¿Todavía existe eso? —pregunté con apatía.

El taxi se detuvo ante el número diez de la calle Colombia. Entregué a Inés un billete de cincuenta euros y le dije que se quedara con el cambio.

—No me gusta que me den propinas y no me gustan los tíos que las dan.

—El próximo día que nos veamos, me invitas a unos vinos y me das un par de hostias. Así quedaremos en paz.

—No sé si quiero volver a verte —la mujer había vuelto el rostro hacia mí y me miraba con expresión socarrona.

Le pellizqué un carrillo. Ella retiró bruscamente la cabeza y me escupió en la frente.

—No te di permiso para que me tocaras —gruñó.

—Me lo merezco. Escúpeme otra vez y así no volveré a cometer el mismo error —musité con sorna.

—¡Bájate del taxi de una puta vez, payaso!

## 2

TRAS guardar el revólver en el cajón de la mesilla destinado a los calzoncillos, me di una ducha de agua caliente, me enfundé en mi bata de seda estampada de lechuzas contrahechas y empecé a beberme un whisky en el salón mientras contemplaba una fotografía de Carlota alojada en un plebeyo marco de aluminio. La fotografía, de baja resolución e impresa en blanco y negro, se hallaba sobre una estantería volada. Alcé el vaso, brindé por mi hija y eché un trago. Carlota me miraba desdeñosa y lejana desde su silenciosa inmovilidad de papel.

La foto había sido tomada en el *office* durante una mañana de sábado. Recuerdo que estábamos sentados a la mesa redonda realizada en caucho, frente a frente, desayunando café, galletas y mandarinas. Ella permanecía ensimismada, somnolienta, la barbilla apoyada indolentemente sobre la yema del pulgar izquierdo. Su mirada ojerosa vagaba por la pared de azulejos que había detrás de mí. Examiné su rostro ovalado y sus enormes ojos verdes poblados de soledad y dudas. Un mechón de su borrascoso pelo negro le caía en diagonal sobre la frente.

Activé la cámara de mi teléfono móvil y le hice la foto. Ella miró al objetivo sin apenas alterar su expresión de distante displicencia, como si el mundo le pareciera una película pedante que le han obligado a ver. Al día siguiente fui a una

tienda del barrio a que me imprimieran la foto y a que me la enmarcaran. No hicieron el mejor trabajo de su vida, pero a mí me bastó.

Siete meses después, Carlota fue hallada muerta en un parque. Su cuerpo, medio desnudo, estaba pálido, sucio, cubierto de moratones. Tenía veinticuatro años y había empezado a trabajar de dependienta en una perfumería del centro de Madrid. Había estudiado Derecho, pero eso no parecía entusiasmarle. Había noches en las que no venía a dormir a casa. Aparecía días después desaseada y demacrada, apestando a hierba bañada de orín, con aspecto de haber estado cuidando durante una semana a varios osos panda. Ya ganaba su propio dinero y era evidente que no se lo gastaba en comprar comida enlatada a tipos sin techo. No quise entrometerme en su vida privada. Ella jamás me reprochó que yo bebiera más de la cuenta ni que a veces metiera a locuaces putas en mi cuarto mientras ella se hallaba en casa. Dos semanas antes de su muerte, me asaltó un feo presentimiento y le pedí disculpas por no haber sido para ella un padre medianamente normal.

—No te preocupes. Has hecho lo que has podido —me respondió en un tono luctuosamente sereno.

—Pues creo que podía haber hecho algo más y que podía haber pasado más tiempo contigo. Has debido acabar harta de tanta niñera.

—No te comas la cabeza, papá. La vida no ofrece mucho más.

—No digas eso. Acabarás siendo feliz.

—No me interesa la felicidad —dijo con tenebrosa sorna.

Era un domingo por la tarde y Carlota estaba comiéndose en el *office* los restos de una tortilla de patatas y bebiéndose una Coca-Cola. Se acababa de levantar después de haber estado

casi toda la noche fuera de casa. Yo estaba de pie, contemplándola, un hombro apoyado en el marco de la puerta, una mano metida en un bolsillo del pantalón, la otra sosteniendo un vaso de whisky.

—¿Te has divertido? —le pregunté.

—No demasiado. Pero me gusta pasear de noche.

—¿Sola o acompañada?

—A veces sola y a veces acompañada.

—¿Y no tienes miedo cuando paseas sola?

—Alguna vez. Pero me gusta experimentar.

Suspiré y enarqué una ceja.

—No te preocupes. Sé lo que hago —aseguró ella estirando hacia arriba el pulgar derecho.

—Eso espero, hija. Sabes que no me gusta hacer de policía contigo, pero si tienes algún problema o te metes en algún lío, espero que me lo cuentes. Estoy aquí para ayudarte.

Carlota me miró con un brillo de melancolía en los ojos y preguntó:

—¿Puedo pedirte algo?

—Claro.

—¿Podrías enseñarme a disparar?

—¿Para qué? —balbuceé.

—Quizá algún día me tope con algún hijo de puta —contestó con voz grave.

—¿Alguien te está acosando?

—No, pero tengo una amiga que sale con un tío algo extraño y no me gusta cómo la trata.

—¿Y pegarías un tiro a un tipo sólo porque crees que trata mal a su novia?

—No, pero le asustaría un poco —especificó con expresión sombría.

—Tú sí que me estás asustando un poco. ¿No eras tú una enemiga de la violencia? Recuerdo cuando me pedías que dejara mi trabajo porque te daba pena la gente a la que a veces tenía que disparar para proteger a mis clientes.

—¿Yo te decía eso? No lo recuerdo.

—Pues yo lo recuerdo perfectamente. Debías de tener unos nueve años y se te había metido en la cabeza la idea de que yo mataba casi todos los días a algún infeliz. Y me garantizabas que iba a arder en un callejón del infierno.

—Lo siento. Tuve que ser una niña insoportable.

—Nada de eso. Tenías tu encanto y yo me reía mucho contigo.

—Parece que ya no te ríes tanto conmigo.

—Bueno, te has vuelto una persona muy independiente y distante.

—Lo siento.

—No tienes que sentir nada. Es ley de vida.

—No te preocupes. Dentro de poco dejaré de ser una preocupación para ti.

—¿Qué chorrada estás diciendo?

—Tengo la impresión de que no voy a vivir mucho.

—Yo también pensaba así cuando era joven. Luego se me pasó esa aprensión.

—No sé quién soy.

—Yo tampoco. Pero se puede ser relativamente feliz sin saber quién se es.

—¿Por qué no te has vuelto a casar?

—No lo sé. Supongo que no me apetece torturar ni ser torturado.

—¿Vas a contarme algún día la verdad sobre mamá?

—¿Qué verdad? Ya lo sabes todo sobre ella.

—Me dijiste que viajaba con un amigo cuando sufrió el accidente. Pero estoy segura de que ese amigo era algo más que un amigo.

Me encogí de hombros.

—Eso nunca lo sabremos —respondí.

Carlota sonrió con desabrida ironía.

—Mientes de culo —decretó con una voz burlona no exenta de cariño.

Me sonrojé y esboqué una sonrisa apurada.

Estuve recordando aquella conversación mientras contemplaba la foto de Carlota y mientras seguía bebiendo whisky sin ninguna medida. Mi hígado era muy trabajador, pero percibía que ya estaba hartado de hacer horas extraordinarias y que cualquier día podía darme una ingrata sorpresa.





### 3

ME quedé dormido en el sofá y soñé con mi madre. La mujer emergía desnuda de las aguas de un río plateado sosteniendo en las manos los testículos de mi padre. Cuando desperté, sentí mareos y náuseas. Estaba amaneciendo y las cortinas del salón filtraban y domesticaban la agresiva palidez del cielo. Fui al cuarto de baño, me arrodillé sobre la taza del retrete y vomité. Después me enjuagué la boca, me lavé los labios, me soné la nariz. Un olor a viejo flatulento emanaba de mi oronda humanidad. Me miré en el espejo y vi una cara abotagada en la que unos ojos pequeños y negros lanzaban destellos de cansado cinismo. Oí pasos en el pasillo y el sonido de una respiración agitada y titubeante. Salí del cuarto de baño y sólo vi un tenue haz de luz perforando una penumbra polvorienta. Caminé hasta mi dormitorio y me desplomé sobre la cama. Dormí hasta la una de la tarde. Tuve varias pesadillas y en una de ellas yo era un monje que moría carbonizado en una hoguera mientras monjas con cara de tortuga chillaban y danzaban en torno al fuego.

Cuando desperté me quedé un rato tirado en la cama, oyendo el coloquio de mis tripas y pensando en la cantidad de mierda que había pasado por ellas. Entonces oí un golpe seco procedente del pasillo. Fui hasta allí y vi sobre el suelo de madera un viejo librito de cubiertas duras de color cereza

cuyas páginas ya estaban amarilleadas por el tiempo, como suele decirse. Por razones que desconozco se había caído de la estantería que se alzaba en uno de los lados del corredor. Se trataba de un viejo ejemplar del *Nuevo Testamento*. Lo cogí y lo hojeé. Hacía muchos años que no veía aquel libro. Incluso lo había dado definitivamente por perdido. Sonreí al recordar al chaval que me lo había regalado y al rememorar las circunstancias en que había tenido lugar la entrega de ese peculiar obsequio.

Era una tarde de mayo de 1991. Yo tenía el día libre y estaba dando un paseo por las proximidades de la Puerta de Alcalá. Me había comprado un par de latas de cerveza y estaba bebiéndome una de ellas con aire cachazudo. Era una cerveza asquerosa, pero casi todos los españoles la bebían y se consideraba poco patriota hablar mal en público de ese brebaje. Sea como fuere, me sentía relativamente satisfecho conmigo mismo. Acababa de echar un polvo a una pescadera que vivía en mi mismo edificio y era muy posible que por la noche tuviera que hacer algo parecido con la mujer de mi peluquero.

Vi un gran árbol que ofrecía una generosa sombra. Me pareció una buena idea apoyar la espalda contra el tronco de ese árbol y contemplar desde allí la evolución del tráfico en aquella calle ancha y luminosa. Cuando me empezaba a beber la segunda lata, vi cómo un chaval gordito de unos catorce años, vestido con el ridículo uniforme de algún colegio de pago, con una mochila escolar a los hombros, se ponía a cruzar la calzada de forma imprudente. Es cierto que en aquel momento no pasaba por allí ningún coche, pero en cualquier momento podía aparecer alguno y, de hacerlo, lo haría a gran velocidad y podría poner en apuros a cualquier peatón negligente. Aquel adolescente tenía un aspecto triste y reservado

y lo envolvía un halo de orgullosa invulnerabilidad. Caminaba absorto, hundido en sus reflexiones y fantasías. Le faltaba poco para llegar a la otra acera. Eché un trago a mi lata y cerré los ojos mientras pensaba con deleite en la mujer del peluquero. Era una señora que tenía edad para ser mi madre, pero hacía con mi polla cosas que sólo había visto hacer a las estrellas del mejor porno europeo. El zumbido de un potente motor y un frenazo me arrancaron de mis ensoñaciones eróticas. Cuando abrí los ojos, vi cómo un tipo de unos treinta años se bajaba de un coche deportivo y cómo, colérico, vulgar, empezaba a zarandear por los hombros al adolescente gordito en tanto le gritaba:

—¡Casi te mato, bola de sebo! ¿Te das cuenta? ¿Te das cuenta, cojones? ¡Has estado a punto de arruinar mi vida, subnormal!

El chaval, asustado, le pidió perdón y le aseguró que lo había hecho sin querer.

—¿Crees que todo se arregla con pedir perdón, imbécil? ¿No te han enseñado los gilipollas de tus padres a mirar antes de cruzar?

El chico volvió a disculparse, pero eso sólo sirvió para envalentonar todavía más al enrabiado conductor, que era uno de esos sujetos que se deleitan humillando e intimidando a quienes intentan zanjar los conflictos pidiendo disculpas. He conocido a mucha gente así a lo largo de mi vida y estoy convencido de que se multiplican a más velocidad que las personas educadas y decentes.

Aquel tipo siguió zarandeando al chaval y le dijo:

—Deberían llevarte a un colegio donde te enseñaran cosas útiles porque realmente pareces un mariconcito de lo más inepto.

El adolescente ya no sabía qué decir y vislumbré miedo en su cara. Pensé que era hora de intervenir. Me acerqué a ellos y pedí al hombre que dejara en paz al chico.

—Esto no va contigo, muerto de hambre —me respondió sin apenas mirarme.

Aquel día yo iba vestido con un vaquero desgastado y con una camiseta astrosa en cuya pechera sonreía un desteñido Mickey Mouse. Me gustaba estar cómodo cuando no tenía que trabajar. Me hizo bastante gracia lo de muerto de hambre porque no era la primera vez que alguien me llamaba algo así cuando me veía vestido con las ropas de mi día libre. Sonreí torvamente a aquel tipo y declaré:

—Amigo, el chaval ya te ha pedido perdón. Así que déjale tranquilo y sigue con tus asuntos. Estoy seguro de que la próxima vez tendrá más cuidado.

El hombre, alto y musculoso, el pelo engominado, vestido con traje de chaqueta *beige* y corbata azul marino, se encaró conmigo, me estudió con un desprecio medieval y me espetó:

—¿Estás sordo, payaso? Aquí nadie te ha pedido tu opinión. Vete y deja de molestar.

—No quiero molestar —repliqué—. Sólo quiero ayudarte a que aprendas a comportarte como un auténtico hombre. ¿No te gustaría ser un hombre de verdad?

—Te estás ganando un par de hostias. No sé si eres consciente de ello —farfulló clavándome en el pecho un par de sus sudorosos dedos.

El chico, entretanto, nos observaba con emoción y asombro.

—Yo sólo soy consciente de que, si no cambias tu actitud, puedes acabar en urgencias —le advertí.

Aquel chulo me dio una certera bofetada. Y yo le di las gracias por aquella bofetada tan certera y añadí que iba a pasár-

melo muy bien enseñándole modales. Antes de que pudiera responder a mi comentario, le rompí la nariz de un inapelable puñetazo, uno de los mejores que he propinado en mi absurda vida. Un hermoso chorro de sangre cimbrió en el aire y reverberó al sol. El hombre cayó al suelo, jadeante, sofocado. Pensé que ya estaría entrando en razón y que intentaría disculparse conmigo. No lo hizo. Acuartelado en su rocosa soberbia, juró que me mataría. Le propiné varias patadas y pisotones por todo el cuerpo y creo que le fracturé más de una costilla. Pasaban coches cerca de nosotros y algunas personas nos observaban desde lejos, pero nadie se acercó hasta nuestra ubicación para pedirme que cambiara de método educativo. El adolescente seguía con enorme interés mis movimientos y mis golpes. Seguí atizando a aquel irascible compatriota hasta que empezó a echar sangre por la boca y dio muestras de hallarse al borde de la inconsciencia. Le agarré por las axilas y le metí en su coche lo mejor que pude. Quise hacer algo más por él, pero oí una sirena de policía y pensé que los maderos le cuidarían mejor que yo.

Anuncié al chaval que debía irme de allí porque no deseaba quedarme sin el polvo de aquella noche. Él me agarró de una mano y, con expresión radiante y eufórica, me dijo que quería convidarme a un helado. Me sorprendió su iniciativa, pues ya empezaba a pensar que sólo era capaz de abrir la boca para pedir disculpas. Caminamos durante quince minutos por unas calles hinchadas de seductores árboles y bordeadas de edificios señoriales de estilo neoclásico. Entramos finalmente en una heladería con mobiliario de madera y forrada de espejos. Pedí un helado de turrón con pasas y él optó por uno de chocolate con vainilla. Pagó imitando los ademanes de una persona mayor y nos sentamos a una mesita que estaba pegada a la

luna de la fachada. Le pregunté qué quería ser de mayor y él me dijo que tenía intención de convertirse en Papa.

—Eso debe de ser muy difícil.

—Sí, es muy difícil, pero Dios me ha escogido para hacer algo grande en la vida —respondió con los ojos saturados de vanidad y convicción.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque Dios me lo ha dicho —aseveró, y se metió un buen trozo de helado en la boca.

—¡Joder! A mí Dios nunca me ha dicho una mierda semejante.

—Porque tienes que tener fe y rezar mucho.

—Creo que sería más sencillo para mí vivir en el Polo Norte.

El chaval me sonrió, sacó de su mochila un pequeño libro de cubiertas encarnadas y me lo entregó. Lo cogí y lo observé con falso entusiasmo.

—Ese libro narra la historia y las enseñanzas de Jesús. Jesús dijo que había que amar a quienes nos persiguen —me ilustró el jovencito.

—Bonito consejo, pero es obvio que yo no tengo madera para seguir ese pensamiento tan osado.

—Jesús también dijo que había venido al mundo a traer la espada, no la paz —señaló con un tono aleccionador y solemne.

Suspiré risueño y dije:

—Sí, sí, ya me conozco todas esas frasecitas. Mi madre me las enseñó.

—Puedes quedártelo. Es un regalo por haberme ayudado antes.

—No creo que Jesús hubiese aprobado mi comportamiento de hace un rato, ¿verdad?

—Eso depende —ponderó el chaval—. Jesús también se cabreaba. Una vez expulsó a golpes a los mercaderes del templo.

Solté una carcajada. El chico me miró con fatua indulgencia, como se mira a un sudoroso y agobiado camarero al que se le caen varios platos durante un multitudinario banquete de boda.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Miguel.

—¡Qué casualidad! Yo también me llamo Miguel. Miguel Batalla.

Nos dimos la mano.

—Bueno, ahora tengo que irme a casa —anunció.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta. Vivo en el edificio de enfrente.

Eché un vistazo a ese edificio y me pareció que no era nada barato vivir ahí.

—¿A qué se dedican tus padres?

—Mi padre murió hace años en un accidente de avión y mi madre es abogada del Estado. Es muy lista y es amiga del ministro de Defensa.

—Debe de serlo. A ver si me la presentas un día.

Miguel se encogió de hombros, volvió a darme la mano y me dijo:

—Que Dios te acompañe siempre. No pierdas ese libro. Te ayudará en los momentos difíciles.

—Te prometo que siempre estará conmigo, tocayo —le dije, y le pellizqué una mejilla.

El chaval se fue y yo me quedé en la heladería hojeando aquel *Nuevo Testamento* sin saber muy bien qué coño hacer con él.

Habían pasado casi treinta años desde aquel día y el libro, pese a mi tendencia al desorden y al descuido, seguía en mi poder. Me pregunté qué habría sido de aquel aspirante a Papa. Desde luego no había llegado a ser obispo de Roma. Al menos de momento. Quizá ya no estuviera vivo. Dejé aquel viejo libro en la estantería y pensé que había llegado el momento de comer algo.

Mientras almorzaba en la cocina los restos de una pizza, consulté en mi móvil la web de algunos periódicos. Comprobé que todas dedicaban un espacio a los asesinatos de Baltasar Zapatero y de su hermano. Según aquellas informaciones, Baltasar Zapatero, cincuenta y dos años, divorciado y sin hijos, árbitro retirado de fútbol y agudo comentarista deportivo en una popular emisora de radio, había sido hallado muerto en su domicilio madrileño con dos orificios de bala en la frente. Los cronistas destacaban con macabras descripciones el hecho de que el cadáver del hermano, con un agujero en el tórax, se encontraba encima del primer fiambre. Un portavoz de la policía había declarado a los medios que el autor de aquellos crímenes sería detenido en los próximos días.

Ingerí el último trozo de pizza y eché un largo trago a una lata de cerveza. Pensé en la policía y me dije que debía invitar a beber algo a los agentes que vinieran a detenerme. Así que decidí ir a comprar algunas botellas de champán. Me duché, me vestí de un modo informal, me puse el abrigo y bajé a la calle silbando un viejo éxito de Julio Iglesias.

—¡Arriba las manos! —me gritó una voz ronca.

Giré tranquilamente la cabeza hacia un lado y vi a Inés, la taxista, apuntándome con el índice de su mano derecha, el costado izquierdo pegado a la fachada del edificio, una sonrisa infantil y cándida suavizando la dureza de sus rasgos. Iba



metida en un largo plumífero azul con capucha. Fuera del taxi, parecía más flaca y más alta. Yo medía un metro ochenta y dos y calculé que ella rondaría el metro setenta y ocho. Su pelo ya no era azul, sino rojo. Supuse que se lo había teñido aquella misma mañana. Esboqué una sonrisa de saxofonista cocainómano, la agarré de un codo y la llevé hasta un bar próximo llamado *El aguacate*, un local poco limpio pero donde servían un alcohol decente.

Hacía frío y el sol brillaba con nítida candidez en un cielo despejado. Una pareja de ancianos nos observó con suspicacia. Me imaginé a aquellos ancianos follando y no me parecieron tan antipáticos.

